

# *Formación inculturada: fascinante y complicada*

*P. Diego Irarrazaval, CSC*

Estamos acorraladas y acorralados por productos e ilusiones de bienestar. Quien tiene y acumula es quien supuestamente vale más. La acción humana es medida por la buena impresión dada a los demás. Mucho tiempo y dinero es destinado a las apariencias. Abundan las imágenes de gente sonriente y triunfadora.

Estas situaciones son confrontadas por el Evangelio que es encarnado y profético. “Los que son ahora últimos serán los primeros” (Mc 10, 31). “El más pequeño entre ustedes es el mayor” (Lc 9,48). “No anden preocupados...” por la comida y la ropa, “busquen primero el Reino de Dios y su justicia” (Lc 6, 31-33). El mensaje de Jesús no favorece apariencias, ni posesiones, ni ubicaciones en primera fila. Más bien, el maestro de Nazaret nos invita a ser felices de otro modo. Jesús exalta a personas postergadas, y llama bienaventuradas a quienes parecen no serlo y en verdad lo son.

Durante estos años, la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II ha conllevado a optar por mayorías empobrecidas y también a apreciar culturas y religiones diferentes a la propia. A ello pueden sumarse perspectivas ecológicas, de género, de “otro mundo posible”. En cuanto a lo cultural, vemos que se trata de mucho más que el respeto y el diálogo. Nos encontramos en sociedades plurifacéticas y con modos de vida emergentes, con circunstancias históricas de gran dinamismo, debido a la globalización y al controversial cambio de época; vale decir, fascinantes procesos

socio-culturales. En este escenario -y no en un espacio cerrado- hay que inculturarse.

En cuanto a la modernidad globalizada, cada región tiene sus tiempos y sus estructuras; no hay que presumir un parámetro único e inamovible. Más bien uno vuelve a preguntarse cuáles son los rasgos peculiares de nuestros pueblos, qué significa ser religiosos, religiosas modernos, y en medio de gente postergada y pequeña, cómo somos consagrados y consagradas al Reino de justicia y amor. Si uno busca ser fiel al Evangelio, entonces se tiene como modelo a quienes son pequeños, pequeñas y a su auténtica felicidad.

1. **Contextos y desafíos.** El cambiante escenario latinoamericano nos motiva a reconsiderar la formación en la vida religiosa. Se ha puesto el acento en una preparación con calidad, y en planificar de modo estratégico los talentos personales y las capacidades apostólicas. No cabe duda que son positivas la eficacia y la calidad ¿pero hacia dónde van orientadas? ¿Cuánto peso tienen los parámetros hegemónicos en el mundo de hoy? ¿Por qué los esquemas nortatlánticos sobresalen en programas de estudio, dinámicas comunitarias, acción pastoral, y administración de la vida consagrada?

Me parece que una gran tensión que se genera es por un lado reproducir

esquemas consolidados y por otro desarrollar ritmos y elaboraciones propias. Me sumo a quienes sistemáticamente apuestan al apasionante y complicado deseo de refundar la vida religiosa; esto incluye una formación por vías in-culturadas e interculturadas<sup>1</sup>. Al hablar de "cultura" uno tiene que abordar procesos, estructuras, identidades, proyectos de vida, y también tanto conflicto y entrecruzamiento entre grupos humanos. Hoy pues se ve que sería algo parcial e incompleto sólo intentar inculturarse. Más bien se ve necesario intercultural e in-culturar el Evangelio y la vida consagrada.

Son grandes desafíos para la vida religiosa y sus programas de formación. Ya que son situaciones muy complejas, la formación puede hacerse de modo rutinario e imitando pautas nortatlánticas (lo que implica una subordinación cultural), o más bien cada programa de formación puede abrirse a identidades, sabidurías, espiritualidades en América Latina, tanto las tradicionales como las que han estado emergiendo.

Las culturas humanas y sus proyectos de vida forman parte del apasionado seguimiento de Cristo. Vale decir, el discipulado no consiste en permanecer encerrado en un ámbito cultural, ni reducir energías, ni homogeneizar, ni ponerse más allá de lo cultural;

<sup>1</sup> Esta serie de inquietudes las he palpado en institutos de vida consagrada mediante jornadas y talleres en el Perú (años 80 y 90) y actualmente en Chile.

más bien, con entusiasmo caminamos inculturadamente con el Señor Jesús, asumiendo sensibilidades y utopías presentes en cada pueblo. Animados por el Espíritu de Vida interactuamos entre personas/culturas con sus diversos rostros. Por lo tanto, resulta fascinante el inculturar y el interculturar la vida religiosa.

A mi parecer, la calidad de la formación crece al reafirmar raíces culturales y a la vez al capacitar para entrelazarse entre diferentes culturas. Me sumo a personas mayores y a jóvenes que apuestan no a ser etnocéntricos, ni a ser eclécticos, ni a imitar culturas “exitosas”, sino más bien al itinerario cultural auténtica y pluralmente latinoamericano, con energías pequeñas y fecundas. Tal actitud da buenos resultados a corto y largo plazo.

- 2 **Raíces frágiles y vigorosas.** Sabemos que el fundamento, tanto para quien es formador, formadora como para quien es formando, formanda, está en la relación con el misterio de Dios. Esta honda convicción creyente suscita (y no cancela) la pregunta por la trayectoria de cada persona, con su identidad y socialización. En el caso del formando, formanda con raíces humanas frágiles y en medio de un contexto complicadísimo ¿cómo se dirige hacia el misterio divino?

En parte la persona en formación tiene raíces delgadas y vulnerables. Ella está atraída por varias ofertas de sentido y tiene que optar por seguir al Señor. Hay temblores y a veces terremotos en la sensibilidad

individual, en el vincularse y desvincularse con otras personas, en el fluctuante consumo de espiritualidades. No sólo es algo de carácter psicológico y religioso; la situación contemporánea se caracteriza por la incertidumbre.

Por otra parte, la persona en formación expresa pasión por la vida, sinceridad en la fe, deseos de compromiso (aunque a veces de corta duración). Existen bellas vetas de esperanza dentro del imaginario latinoamericano –que en mayor o menor grado motiva a personas jóvenes en formación-. Me parece que junto con reconocer la fragilidad cultural, hay que afianzar las raíces vigorosas, y así cada persona se ubica en el camino de Jesucristo.

Con respecto a lo utópico, desde hace años han sido devaluados los megaproyectos (¡cambiar el mundo!). Más bien preferimos propuestas y redes a escala pequeña y mediana, acciones audaces pero de carácter concreto y viable. Además, los paradigmas emergentes tienen sujetos y temáticas plurales; el cambio de época no es unilineal ni mono-cultural. Esto puede ser leído de varias maneras. Una lectura pone acento en la inestabilidad y confusión; y es escéptica ante un cambio sustancial. Otro punto de vista –que me parece más responsable y en sintonía con el pobre- asume los desafíos.

Los desafíos de hoy pueden correlacionarse con rasgos carismáticos de la Vida Religiosa. Es posible y deseable

abandonar la nostalgia de la restauración (que cierra los ojos ante la disminución de personas y de obras), y más bien proyectarse hacia el futuro con pocas obras y personas. En este sentido, a partir de frágiles personas e instituciones, la formación no tiene como meta el “éxito” del individuo y del Instituto, sino más bien se pone acento en raíces propias y en búsquedas suscitadas por el Espíritu. La formación es más eficaz si ayuda a encarar cambios, si da herramientas para humildemente inculturarse en nuevas realidades humanas, y a interactuar en medio de varias culturas (apreciando la propia identidad y la de los demás). Para ello, los carismas de personas consagradas aportan creatividad y audacia.

Esta actitud forma parte de la dinámica de la fe que no está amarrada a esquemas inamovibles. “Crear significa negar y superar continuamente las formulaciones... para que no caigamos en la idolatría o en la creación de falsas imágenes de Dios, de Jesucristo y del Espíritu”; Felix Wilfred explica la fe cristiana como un viaje a la trascendencia, que implica “relativizar nuestras concepciones” y avanzar hacia el misterio divino que es revelado y velado<sup>2</sup>.

Esto explica la aventura del proceso de formación como religiosos y reli-

giosos. Al llevar a cabo tal aventura uno toma distancia del “mundo” hegemónico. La vida consagrada está asediada por factores externos e internos, el imperio del neo-liberalismo y el desprecio por lo popular; la “desconfianza frente a la inserción y a la inculturación, el repliegue sobre sí mismo o sobre los propios institutos religiosos”, como advierte Gregorio Iriarte<sup>3</sup>. Vale recalcar la inculturación. Ella se refiere no solo a comportamientos (como sería un rescatar valores del pasado), sino a una acción hacia el futuro, cuando uno colabora en la gestación de nuevos paradigmas. Como dice María Agudelo: “inculturarse no es simplemente aprender a hablar, a comer, a vestir... (en una cultura), lo importante es descubrir en el pueblo... el proyecto de vida, el futuro feliz... la definición vivencial de Dios”<sup>4</sup>.

Cabe pues, al capacitar a personas jóvenes, acompañarles en la inculturación cotidiana, en que sobresale el proyecto histórico de felicidad. Además, las personas en formación aprenden a tomar distancia de absolutos que parecen sólidos y no lo son. La actitud creyente conlleva a relativizar cada realidad humana (la economía totalitaria, sus aspectos religiosos, la cultura en que uno ha nacido, etc.), y continuar orientados hacia el Misterio revelado, velado, encarnado.

<sup>2</sup> Felix Wilfred, “Elogio del relativismo cristiano”, *Concilium*, 314 (2006), 103.

<sup>3</sup> Gregorio Iriarte, *La vida religiosa frente al cambio de época*, Cochabamba: Kipus, 2005, 25-26.

<sup>4</sup> María Agudelo, *La inserción y la inculturación de la vida religiosa en el pueblo*, Bogotá: Indoamerican Press, 1993, 46.

Gracias a esta sabiduría de la fe, impulsamos procesos de inculturación que son parte de transformaciones históricas.

3. **Complicaciones y oportunidades.** La interacción entre culturas se ha globalizado; esto nos complica la vivencia cotidiana; aunque también nos ofrece oportunidades de interacción con quienes son diferentes. Hay crisis a nivel personal y de instituciones, en la medida que se pasa de una civilización moderna a otras formas de vida que están por definirse. La inseguridad impulsa a muchas personas a aferrarse a logros del pasado, y a formas fundamentalistas de vivir la consagración.

El Congreso Internacional reconocía que “nos afecta la agonía de lo que muere y la confianza de lo que nace”; un tránsito de vida consagrada “que huye del mundo” a una “encarnada y testigo de trascendencia”; una renovación que “integra lo espiritual y lo corporal, lo femenino y lo masculino, lo personal y lo comunitario, lo natural y lo cultural, lo temporal y lo escatológico, lo intercongregacional e intergeneracional”<sup>5</sup>.

Así como al optar por el pobre se ha reconstruido lo que somos y hacemos, también la agenda inculturadora es amplia y polifacética. Esto afecta todo lo que acontece en la formación.

En cuanto a lo material y cultural, hay que replantear el consumo de cosas y de actividades. Se tiende a la acumulación y homogeneización del consumo. Por eso, cabe afianzar la ascética en torno a cosas necesarias y a acciones culturales propias de cada región. También en los programas de formación es replanteada la corporeidad, con sus detalles de alimentación, vestimenta, vínculos con personas de otro sexo, descanso, diversión, y tanto más donde se juega al día a día de la inculturación encarnada.

En cuanto al estudio y la capacitación profesional, la formación les da primacía y hasta cierta omnipotencia. Podrían reorientarse hacia el futuro. En vez de acumular conocimientos y obtener diplomas, es mejor “aprender a aprender” a fin de ingresar con buen pie a nuevas fases de la historia humana. América Latina está agobiada por el neocolonialismo; irrumpen sociedades y culturas marginadas. Pueblos mestizos, indígenas y afros, que tienen sus propias racionalidades, pueden dialogar con saberes noratlánticos y con otras regiones del mundo.

La agenda inculturadora también afecta la formación en el carisma de cada congregación, y motiva la asociación con quienes en la Iglesia están inculturando espiritualidades, liturgias, planes apostólicos, servicios

<sup>5</sup> Mensaje del Congreso Internacional de la Vida Consagrada, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, Roma, 2004 (párrafo I).

socio-políticos. Todo esto es llevado a cabo en instancias eclesiales que a veces son malinterpretados por sectores que prefieren la uniformidad cristiana.

Es complicado ser mirados con desconfianza y sufrir malentendidos. De hecho somos pequeños fermentos, y no se ven resultados inmediatos y grandes. Aunque las experiencias de inculturación son significativas, no ocupan el centro del escenario eclesial. Junto con el deseo de que la vida consagrada sea fiel al Evangelio encarnado, hay que sumar fuerzas entre formandos, formandas, formadores y formadoras. Como advierte Simón Pedro Arnold, es un “caminar sin camino preestablecido; en estas condiciones es necesario unir fuerzas y buscar la inspiración hasta en personas en formación que acompañamos; pues, como dice San Benito: Dios suele revelar su voluntad preferentemente a los y las jóvenes”<sup>6</sup>.

Se ha dicho que la vida consagrada es una peregrinación en la fe. Sus hondas raíces son la adhesión al Señor. Como anota Carlos Bazarra: “hay un punto de referencia inmutable: Jesús de Nazaret; y un seguimiento en novedad: el Espíritu Santo; las dos manos de Dios, como las llamó Irineo”<sup>7</sup>. Vale decir, el caminar de personas consagradas no es errá-

tico ni desencarnado; más bien esta bien enraizado en Cristo y es fiel a su Espíritu que todo lo hace nuevo.

Con respecto a la interculturalidad, ella pasa a primer plano, porque tanto los apostolados como la vida comunitaria se desenvuelven en ambientes complejos donde hay personas de diversos países, identidades, edades, formas de pensar, sentir, creer. A uno, una se le exige corregir visiones unilaterales y etnocentrismos, y superar prejuicios que suelen ser inconscientes.

4. **Inculturar e Interculturar.** Hoy no se trata sólo de apreciar raíces (en una inculturación retrospectiva). Conviene preocuparse más de modos de vida emergentes (en una inculturación prospectiva). Además, a diferencia de lo hecho durante las últimas décadas, en estos años, a la inculturación se le va sumando la interculturalidad. Esto ciertamente hace más complejo y desafiante la labor de formación en la vida consagrada.

Hemos aprendido de las ambigüedades y los errores. Inculturar no se refiere a detalles folklóricos en los modos de vivir. Tampoco la inserción en sectores populares puede reducirse a la beneficiencia a fin de reducir culpas, ni a un tipo de marketing de la “opción social” del Instituto. También

<sup>6</sup> Simón Pedro Arnold, *Refundación, contribución a una teología de la vida religiosa de cara al tercer milenio*, Bogotá: CLAR, 1999, 188-189.

<sup>7</sup> Carlos Bazarra OFM, *Mujeres y Hombres del Espíritu*, Bogotá: CLAR, 1996, 24.



se ha aprendido que lo cultural no debe ser idealizado ni absolutizado. Por el otro lado, no hay que ser ingenuos ante la monocultura pretendidamente cristiana. Nuestros espacios de vida consagrada a menudo tienen rasgos monoculturales, reproducen estructuras hegemónicas, y con dificultad abren las puertas a identidades mestizas y autóctonas. Otro gran error ha sido actuar de modo conservador y temeroso, entremezclado con un lenguaje moderno.

En términos positivos, se aprendió que la inculturación del Evangelio afecta toda la vida del Pueblo de Dios, lo personal y lo comunitario, lo simbólico y lo político, los ministerios, carismas, liturgias, planes pastorales, formas de vida consagrada<sup>8</sup>. Algo similar puede decirse con respecto a la temática intercultural. Mirando hacia delante, es posible que en la vida religiosa los programas de formación asuman y sean replanteados con claves interculturales. Así se dejarían atrás unos moldes uniformes y discriminatorios, y continuaríamos transitando por hermosos y complejos caminos abiertos a todos y todas.

Me parece que al sumarse el afán de inculturación con el afán de la interculturalidad es más compleja y más fascinante la labor de formación en la vida consagrada; también aparecen

interrogantes y dificultades. La perspectiva intercultural ¿permanecerá en los márgenes de nuestros Institutos, así como lo ha estado la inculturación? ¿Qué hacer para que más personas jóvenes asuman junto con sus raíces de identidad también el proyecto de diálogo entre culturas y de generación de una humanidad plural? ¿Cómo pueden los valores interculturales influir en planes de estudio, espiritualidad y liturgia, la existencia comunitaria, las obras apostólicas, las formas administrativas?

Durante el último Congreso Internacional se ha vuelto a estar atento a lo que el Espíritu está haciendo nacer. Su mensaje final enunciaba iniciativas audaces y proféticas “en el ámbito del anuncio de Jesucristo a través de la inculturación, el diálogo interreligioso e interconfesional, la inserción desde la opción por los últimos...”<sup>9</sup>. Puede añadirse la interculturalidad y las emergentes culturas en la humanidad globalizada.

Al terminar, un gran interrogante. Con respecto a la interculturalidad ¿qué dice hoy el Espíritu a las Iglesias, y a la Vida Consagrada? Al respecto, en cada persona en formación, en la comunidad local, en nuestros Institutos ¿se abren oídos y ojos para ver señales del viento y fuego del Espíritu?

<sup>8</sup> Ver mi *Inculturación*, Lima: CEP, 1998, 27-30, 56-58.

<sup>9</sup> Congreso Internacional de la Vida Consagrada, 2004, eje de la misión, sección I.

